



Resumen de las opiniones del Grupo de Lectura en la reunión del 16 de noviembre de 2009 sobre DELICTES D'AMOR, de Maria Mercè Roca:

Cabría decir que, desde un punto de vista común, el libro, que focaliza la pederastia, alarmó y sacudió en cierta medida a las personas del Grupo, algunas de las cuales confesaron haber tenido una lectura muy difícil, a veces a un paso de la repulsión, donde la tentación de no continuar leyendo era muy presente sobre todo en las primeras veinte o treinta páginas, cuando se observa que el tema del libro exigirá, por parte del lector, un ensanchamiento generoso de la propia capacidad de tolerancia. La innegable actualidad del problema, sin embargo, pedía un acercamiento a la obra de Maria Mercè Roca, aunque fuera a regañadientes, ya que es un texto que, sin duda, nos pone a prueba.

También hubo opiniones que, más allá del enfoque de la pedofilia, vieron en el texto de la autora de Portbou una crítica clara de la sociedad gerundense, con todos los repliegues de un ambiente recluso, aunque se trate de una ciudad bastante grande. Al mismo tiempo, hay quien recordó que debe hacerse el esfuerzo de separar literatura de precepto moral, y se valoró la valentía de la escritora al hacer frente a un tabú tan resbaladizo como este. A su vez se recordó que los planteamientos morales de nuestra sociedad, como se ha demostrado con otras tendencias sexuales, no deben ser forzosamente eternos y tampoco son extrapolables a otros lugares o épocas, donde según qué tipo de relación física, que ahora nosotros desde nuestra lógica rechazamos, es o ha sido perfectamente consentida.

En cuanto al aspecto argumental, el gran reproche que se le hace al libro es el intento –al menos esta fue la percepción de la mayoría de lectores– de justificación de la pedofilia de Narcís Besora por las repetidas violaciones que sufre de niño a manos de su tío materno, idealizado por la propia madre del protagonista, que toma siempre partido a favor del hermano y abandona a su suerte –incluso cuando sabe la verdad– a su propio hijo. Aun cuando esta justificación, como tal, nunca se declara en el texto, es casi imposible no vincularla al pensamiento del protagonista, que es, conviene no olvidarlo, quien nos explica la historia en primera persona.

La argumentación de la obra se halló bien resuelta y hay incluso momentos –más de uno confesó– en que se medio cae en la tentación de intentar entender a Narcís a través de las explicaciones que, con gran habilidad literaria, Maria Mercè Roca pone en voz del protagonista. Sin duda, el largo monólogo que esencialmente es el libro configura un gran retrato psicológico de un personaje terriblemente atormentado por su tendencia sexual. Hay quien aseguró que el hecho de que Maria Mercè Roca fuera una mujer y una escritora conocida añadió un plus de paciencia y de confianza cara a la lectura de un texto tan delicado. También se esbozó la posibilidad –a partir de un agradecimiento que la autora expresa en las páginas iniciales– que alguien masculino la asesorara en algunos detalles complicados de la narración.

También conviene recordar que la lectura de la cita inicial de la obra –extraída del libro *El precio de un niño* de Marie-France Botte– nos aclara muy bien cuál es la posición de la escritora sobre el tema, detalle que después nos permite navegar por aguas agitadas con cierta garantía. Y también la insultante demagogia, el racismo y la opción prácticamente esclavista del protagonista en los párrafos finales de la novela nos demuestran claramente que la autora lo hace descarrilar ante el lector, aunque sea en la última curva. Tal vez sí

conviene remarcar, sin embargo, que el hecho de que, en la conclusión del texto, no exista castigo ni siquiera arrepentimiento puede molestar claramente a los lectores que esperan una moraleja o la aparición de un mínimo de dignidad humana en el protagonista al final de la lectura.

El personaje de Narcís Besora es, sin duda y a la práctica, la novela entera. Un tipo oscuro, lleno de contradicciones y de incongruencias, y a su vez bastante pagado de sí mismo y con una vida social y profesional encaminada al reconocimiento y al triunfo; una persona, también, que ha sufrido de niño un terrible trauma: la violación repetida por parte de su tío, acción que después, en una locura injustificable, él mismo se inclina a repetir con su hija, con su sobrina y con otras criaturas que le son próximas, pero que sólo consume en la oscuridad de una sórdida habitación de Bangkok y con una chiquilla, Nam, una esclava de ocho años a quien compra con dinero a una pandilla de proxenetas sin entrañas. Narcís Besora tampoco tiene remordimientos... Ni siquiera por haber estado abusando de esta menor en el mismo instante en que moría su madre. Su extraño noviazgo con Francina es otra incoherencia de Narcís, que busca al precio que sea una tapadera (léase esposa, amante, profesión, posición social) para sus apetencias sexuales.

Narcís es un personaje terriblemente obsesivo como se demuestra en la desmesurada atención que dedica a los zapatos que viste la gente, más allá que su oficio sea el de zapatero. Se reconoció aquí, y en otras partes de la obra, un gran trabajo de documentación de la autora y también una conexión del mundo del calzado con un conjunto de mensajes en clave referidos a la sexualidad. En cuanto a Narcís, también se adujo la no superación de la etapa infantil en su afán de traer regalos comprados en Tailandia, de correr riesgos innecesarios y en otras incoherencias.

El personaje de la madre, también torturada por el pasado y por su propia no aceptación, entra de lleno en la posible justificación del pederasta. Y aquí todo el mundo fue libre de sacar las conclusiones que se consideró oportunas.

El estilo narrativo fue generalmente elogiado. Se acordó que era la gran virtud de la novela, puesto que a través de un estilo y de un tono muy bien hallados y mesurados, el lector es capaz de afrontar un tema más que escabroso. Hay una buena dosificación de la información, un buen tratamiento del tempo, puesto que el lector nota que avanza y, una vez salvada la aprensión inicial de las veinte primeras páginas, generalmente uno queda satisfecho de haber leído la obra. Gustaron mucho también las otras voces que aparecen en el texto, siempre en primera persona pero marcadas en cursiva, como las de la hermana o el albañil de Albons.

En conclusión, se consideró que la obra era digna de una atenta lectura, por más dificultosa que pueda resultar, y se reprochó argumentalmente la posible necesidad de una justificación vinculada al pasado desgraciado del protagonista. También hay quien encontró el final de la obra algo apresurado.

También es de agradecer, fuera ya de los comentarios referidos a la obra, la gran aportación informativa que un compañero realizó sobre los intrínquilos del 'famoso' Premio Librero, al que algunas personas del Grupo solemos dedicar ácidos comentarios.

Y como de costumbre, nuestro agradecimiento más sincero a los componentes del Grupo de Lectura por su asistencia y por sus acertadas contribuciones al debate. Os esperamos en nuestra próxima cita:

EL DIOS DE LAS PEQUEÑAS COSAS, de Arundhati Roy (Anagrama, 2000, 382 pg.)

(lunes, **21 de diciembre** de 2009, a las 7 de la tarde).